

## 17. Sorprendidos por la alegría

Lo que he dicho, que en todo caso la alegría debe abarcar también todos los motivos y situaciones de dolor y tristeza, nos hace comprender algo que no comprendemos sin experimentarlo: que la verdadera alegría, la alegría de Cristo, es verdaderamente una sorpresa.

¿Qué es una sorpresa? Es una realidad que no esperábamos, que no podíamos imaginar, que no producimos.

La respuesta al dilema del dolor, del mal, de la muerte, no viene de nosotros, no puede venir de nosotros. Debe venir de una experiencia sorprendente, de la experiencia de una realidad que nos es dada. Sólo colaboramos en la alegría de los demás si experimentamos el acontecer de un imposible del que sólo podemos ser testigos. Pero si queremos colaborar en la alegría de los demás, para los demás, de una manera u otra, antes que nada debemos tener nosotros mismos esa experiencia.

La experiencia de ser sorprendidos es fundamental para descubrir la alegría cristiana, porque es la experiencia de una alegría que no es producida por nosotros, que no es el resultado de un método, de un entrenamiento, o de lo que sea. Es la alegría como acontecimiento, como el impacto en nosotros de un acontecimiento sorprendente. Por supuesto, cuando uno es sorprendido por la alegría, se da cuenta de que su corazón estaba esperando y buscando esta experiencia, que estaba hecho para ello. Pero la sorpresa es la experiencia de un salto que nos revela, nos toca, nos da, un “más de la realidad”, tanto interior como exterior, que no podíamos prever. Etimológicamente, “sorpresa” sugiere un ser tomado desde encima, que puede entenderse como ser captado, tomado, por algo que nos supera, que es más grande que nosotros.

Quizá el ejemplo más llamativo y explícito de este salto sea el salto de alegría que da san Juan Bautista en el seno de Isabel ante la llegada de María ya embarazada de Jesús:

“En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador».» (Lc 1, 39-47)

Pensemos, a la luz de este episodio, en la expresión de san Pablo: “Colaboradores de vuestra alegría”. María, Isabel, Juan Bautista, todos son colaboradores de la alegría de los demás, como una vorágine de alegría que lleva a cada uno y que cada uno comunica a los demás. Una especie de perichoresis, de circuninsesión de la alegría.

Pero esto sucede porque en el centro de este intercambio se encuentra un tesoro escondido, el tesoro escondido por excelencia: el Verbo encarnado en el seno de María. Y esto sucede porque la presencia del Hijo introduce el don del Espíritu Santo en la relación entre estas personas. Es como si la Santísima Trinidad, y la circuninsesión trinitaria, estuvieran conectadas con las relaciones humanas, en la comunión entre las personas humanas. Y esto es una sorpresa, y esta sorpresa es la alegría. La alegría es la sorpresa del tesoro que se comparte inmediatamente como un regalo sorprendente.

En esta escena, la alegría la trae Jesús, la trae el tesoro escondido que se deja encontrar, encontrar. Pero este tesoro, esta alegría, permanecería escondido y, por tanto, no sorprendería a nadie con una alegría infinita si no hubiera colaboradores de la alegría del tesoro. Y el primero, después de María, es un feto de seis meses que viene a ser como el interruptor que permite la circulación de la corriente, que pone en marcha la circulación de la alegría entre Jesús, él, Isabel, María, etc., ad infinitum, porque esa corriente también ha llegado hasta nosotros y sigue y seguirá llegando a la humanidad hasta el fin del mundo.

Lo que desencadena la alegría en Juan es la presencia de Cristo, el misterioso reconocimiento de esa presencia. ¿Qué lo hace posible? ¿Qué hace que se produzca un encuentro lleno de alegría entre un embrión y un feto, de alegría por el otro, por una presencia que no se ve, que no se siente, que no se toca? Treinta y tres años más tarde, el Resucitado dirá a Tomás: “Bienaventurados los que crean sin haber visto” (Jn 20,29). Pero, ¿por qué se puede creer incluso sin ver? ¿Qué fundamenta más profundamente la fe y la alegría de creer que ver, oír, tocar?

Cuando Jesús se aparece a los apóstoles, hasta entonces incrédulos, la noche de Pascua, el Evangelio de Juan dice que “los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Juan 20,20). Creyeron y se alegraron al mismo tiempo. Así en otras escenas de la aparición del Resucitado. Pero es como si la alegría precediera a la fe. Tanto es así que en el Evangelio de Lucas hay una escena de la aparición del Resucitado en la que se dice que los discípulos, aunque estaban ante Jesús mostrándoles las llagas de su Cuerpo resucitado, “no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos” (Lc 24,41).

La alegría es anterior a la fe, pero esto significa también que la fe es superior a la alegría, es decir, que la alegría, el asombro, el ser sorprendidos por la alegría, no es una experiencia en sí misma, sino un signo, una profecía, una indicación que nos hace estar atentos a la presencia real del Resucitado en medio de nosotros.

La alegría no está en la alegría, sino en el increíble tesoro que la suscita. Pero la alegría tiene un sentido, es el sentido que reconoce el tesoro, si la fe lo elige y lo acoge. La fe es la posesión del tesoro, una posesión que reconoce su valor absoluto, y así lo mantiene para sí, en la vida.

Pero es precisamente entonces, en el momento en que la alegría por Cristo desemboca en la fe en Cristo, cuando el corazón se hace capaz de retener el tesoro que está más allá de la alegría, en un amor que lo abraza todo, incluso el dolor y la muerte. Porque la fe reconoce que la presencia de Jesús resucitado es lo que da

sentido, verdad y belleza a toda la vida. Y éste es un juicio de fe, que no es sólo teórico, sino experiencia. Incluso allí donde la alegría no puede ser sensible, porque el dolor lo es más, la fe percibe una plenitud mayor que la alegría: vivir en Cristo, y que nada nos separe de Él, de su amor.

¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor”. (Rom 8,35-39)

Hace poco, a un amigo que me anunciaba que, por desgracia, la primera quimioterapia contra su cáncer no había funcionado, le propuse de nuevo esta pregunta esencial que san Pablo nos ayuda a plantearnos ante todo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”. Y le propuse que añadiera su enfermedad a la lista abierta de sufrimientos que describe el apóstol: “¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?”...

Este amigo me dio las gracias, porque este pensamiento se interpuso entre él y su enfermedad, descubriendo que algo más grande que cualquier mal define nuestra vida, le da sentido, aunque lo perdamos todo, aunque perdamos la vida. Como reza el Salmo 62: “Tu gracia [tu amor, tu misericordia, tu *hesed*] vale más que la vida, te alabarán mis labios”. (Sal 62,4)

El salmo 62, como tantos salmos, pone ante Dios toda la miseria que el salmista experimenta en toda su humanidad: “mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” (v. 2), y al final del salmo vemos que no se trata sólo de una prueba interior, sino de la condición de un hombre amenazado por “los que intentan quitarme la vida” (v. 10) y por los “mentirosos” (v. 12).

La alegría para él –la alegría que le hace cantar las alabanzas de Dios (v. 4), y le hace decir: “y mis labios te alabarán jubilosos” (v. 6) y “a la sombra de tus alas canto con júbilo” (v. 8)–, la alegría para él, y para todos nosotros, está toda en el descubrimiento de que es amado por el Señor con un amor más grande que la vida.